



2 de septiembre de 1888

Confianza y abandono en Dios, en las pruebas que nos envía para purificarnos

Mis queridas hijas,

Acabamos de recibir grandes consuelos de Dios: la unión de los corazones, la alegría de encontrarnos casi todas en este Jubileo. Me refiero a las Madres. Faltaba una, a la que echamos de menos más que a todas las demás. Pero su presencia se hizo sentir entre nosotras, y su bendición estuvo sobre nosotras. ¡Estos son consuelos! Esta gran celebración fue hermosa. Fue una fiesta celestial, dijeron muchas de las hermanas, y por ello debemos dar gracias a Dios.

En una homilía de los Padres, se dice que Dios nunca deja a los suyos vivir de manera permanente en la alegría o en la tristeza, sino que alterna admirablemente la alegría con la prueba, para que haya algo que sostenga el alma y la santifique. Debemos, pues, prepararnos para la prueba. ¿Qué clase de prueba? No lo sé. Sólo Dios lo sabe. Por mi parte, quiero hablaros de la actitud que debe tener el alma ante cualquier prueba que Dios le envíe.

La primera disposición es la confianza en Dios. Pasemos por las pruebas que pasemos, Dios es Padre. "*Nadie es Padre como Dios*", decía Tertuliano, considerado el más rudo de los apologistas y escritores africanos. Estas palabras son muy hermosas y muy ciertas. Cuando el Señor nos enseñó a rezar, nos enseñó a decir, ante todo: *Padre nuestro que estás en los cielos*. Si estamos convencidos de esta verdad, si miramos a Dios como nuestro Padre, no sólo tendremos confianza, sino que también tendremos la segunda condición, que es el abandono en sus manos.

En la hora de la prueba, debemos recordar la hora de la alegría. En la hora de la alegría, debemos prepararnos para la prueba. Espero, hijas mías, y se lo pido a Dios, que, si la prueba que vais a pasar es la prueba más dura, la prueba interior, os purifique el alma y os quite todo lo que queda de ella misma. Me dirijo a las más antiguas. Creo que pertenecen fuertemente a Dios, que están acostumbradas desde hace mucho a la oración, para que Dios pueda introducir las en este estado en el que Él purifica el alma.

Para ser purificada, el alma sufre porque sus pecados son puestos ante sus ojos. Queda reducida al rango más bajo de las criaturas. Ya no encuentra a Dios. Ya no tiene la luz, el ardor, los sentimientos que experimentaba en la juventud, pero que, siendo excelentes, podían mezclarse con muchas imperfecciones personales.

Cualquiera que haya tenido un celo muy vivo por Dios puede decirse: "Sin embargo, entonces todavía tenía mucho amor propio, mucha prepotencia, y caía a menudo en pecado venial. No se podía decir que Jesucristo viviera en mí". Pues bien, ése es el fin de toda prueba interior, de toda purificación, que Jesucristo viva en nosotras.

En primer lugar, debe vivir en nosotras aborreciendo el pecado. ¿Os habéis preguntado alguna vez qué piensa el Señor del pecado? ¡Qué horror le produce la más mínima falta venial, siendo Él el Santo de los Santos, la santidad misma! ¿Qué piensa de los pecados veniales tal vez demasiado frecuentes, por no decir habituales, y de los que no nos corregimos? Cada uno,

¡por desgracia! tiene su propia cuesta. La cuesta de la impaciencia, del orgullo, de la susceptibilidad, y, a través de estas diversas cuestas, cae en el pecado venial.

¿Quién de nosotras puede decir: "No cometo a menudo pecados veniales"? Ojalá pudiera ser así, hijas mías. Pero si pensarais que es así, os equivocaríais, pues dice la Sagrada Escritura que hasta el justo cae siete veces al día. ¿Aborrecéis suficientemente el pecado venial? ¿Lucháis lo suficiente contra vuestros pecados habituales? Son los más peligrosos, y de los que es más importante librarse. Cuando estamos acostumbrados a la distracción, a la impaciencia y al amor propio, el trabajo para perfeccionar el amor debe ser, de confesión en confesión, vigilarnos, luchar, para no volver a caer en esas mismas faltas de amor.

Es necesario ejercitarse a una verdadera contrición de los pecados, aborrecerlos del mismo modo que el Señor los aborreció. Para ello, debemos tratar de comprender lo que nuestro Señor experimentó en el Huerto de los Olivos y a lo largo de su Pasión. Los pecados pesaron mucho más en su alma que los tormentos y sufrimientos que padeció en la cruz. Es cierto que en el Huerto de la Agonía su sangre fluyó al ver los pecados de los hombres y cuando se ofrecía por todos los pecados del mundo. Sé que esos pecados eran graves, abominables. Pero sé también que cada una de nosotras hemos estado presentes en su espíritu; vio nuestras cobardías, nuestras innumerables infidelidades, vio lo poco que poseíamos su espíritu, y esta visión le llenaba de amargura.

Pues bien, hijas mías, ésta es la prueba santificadora por la que quisiera ver pasar a las más mayores de entre vosotras. Que tengan un gran horror del pecado, incluso del más pequeño, como lo tuvo Nuestro Señor, el horror de la imperfección y de todo lo que pueda entristecer su corazón. Con la misma intensidad que ama vuestra alma, odia la fealdad de sus imperfecciones.

Hay una segunda razón para estas pruebas: establecer el alma en la verdad y en la más profunda humildad. Cuanto más se humilla un alma, cuanto más se pone por debajo de todo sufrimiento, por debajo de todo reproche, de toda culpa, reconociendo ante Dios que es pecadora y miserable; cuanto más acepta ser despreciada, rebajada, contradecida, tanto más agrada esta alma a Dios y tanto más la ama.

Esto no es fácil, es verdad. Dios tiene que echar una mano para que el alma llegue a ese punto. Suele ser en la medida en que el alma se ve privada de los consuelos cuando necesita ayuda para desprenderse de sí misma. No hemos hecho gran cosa mientras no hemos conseguido desprendernos de nosotras mismas.

Os dejo con estos dos pensamientos. Son suficientes para ayudaros a soportar la prueba, y para poder preparar vuestra alma, a atravesar la sequedad, la oscuridad, las penas, y llegar a la unión completa con Dios, basada en el desprendimiento de vosotras mismas y en el abandono sin límites a la guía y a la voluntad de Dios para vosotras.